

Llama la atención la religiosidad de los aborígenes. Se remiten constantemente a Dios, todo lo vinculan con la otra vida, creen con firmeza en la presencia en el mundo de lo sobrenatural. Sorprende, asimismo, el amor al paisaje en cuanto tal, no sólo a la productividad de la tierra. En general, una visión positiva en lo más radical de su existencia, a pesar de la precariedad material en que se desenvuelven. Y ello es ejemplar.

Libro interesante, algo deshilvanado en que se pudo distinguir mejor lo que se oyó del araucano y lo que la autora comenta o interpreta.

Vale la pena leerlo, porque —como afirma el profesor Lipschutz— “las leyendas y los cuentos populares representan notables valores culturales. Son, por cierto, mitología, pero por eso no menos historia, y también sabiduría popular o poesía. A través de leyendas y cuentos populares se nos brinda la muy grata ocasión de tomar contacto íntimo espiritual con el mundo anímico de un pueblo, de una tribu”.

HUGO MONTES

(“La Tercera”)

<https://doi.org/10.29393/At447-31MAMI10031>

EL MUNDO DEL ADOLESCENTE

De *Armando Roa*

Editorial Universitaria

En su último libro, *El mundo del adolescente* (Editorial Universitaria), Armando Roa abarca tal número de temas interesantes, y con tal variedad de enfoques y sugerencias, que es difícil hacerse cargo de ellos desde una perspectiva unitaria. Elijo, pues, un motivo recurrente de este vasto ensayo: la relación entre nuestra juventud actual y la cultura, o la escasa presencia del libro en el mundo adolescente de hoy. El autor profesa una fe viva en el papel formador de las lecturas, desde las más tempranas —los cuentos y leyendas en la aurora de la imaginación infantil— hasta las más maduras —la frecuentación de filósofos y poetas por parte del universitario—.

El panorama que divisa Armando Roa, como siquiatra y como hombre de letras, no es halagüeño. Piensa que muchos trastornos de la conducta juvenil proceden, en nuestros días, de la ausencia de ingredientes imaginarios en su formación: desprovisto de fantasía creadora, el mundo adolescente es desolado y aburrido, y sus ensoñaciones de corto vuelo giran en torno al sexo y al éxito material, o se pierden en la vacuidad, el apagamiento y la angustia. Entre las líneas de este diagnóstico diviso un elemento biográfico del autor que torna cálidas y apasionadas —y también discutibles— estas afirmaciones: me refiero a su nostalgia de la formación literaria de “los muchachos de entonces”; al recuerdo personal de una infancia enriquecida por la Caperucita Roja y la Lámpara de Aladino, por los entretelones del crimen de Bécker en la legación alemana de Santiago, por los episodios entre domésticos y legendarios de la revolución de 1891; y más tarde, a la memoria de una vida universitaria nutrida por las páginas de Bergson, Proust, Scheler o Rilke, discutidos en el Club de Debates de la Universidad Católica.

El doctor Roa enfrenta hoy los problemas de una juventud muy diferente, que se complace en la modernidad científico-tecnológica y sus valores útiles, o se evade en las drogas y los orientalismos, o simplemente lee poco y nada, y obtiene su dudoso acervo cultural de la televisión. Por otra parte, y en compensación, el autor divisa en el país minorías juveniles no pequeñas de gran inquietud potencial, que despiertan a los problemas últimos de la existencia en cuanto se les ofrece una atmósfera propicia, o que se adentran en los grandes autores de la literatura universal en cuanto encuentran un maestro auténtico que les haga viva y actual su apreciación.

La lectura de este ensayo tan polémico como penetrante me provoca ciertas dudas e interrogaciones de fondo, si bien debo añadir que ellas encuentran su respuesta dentro de esas mismas páginas, al menos en buena medida, y que las planteo como objeciones más bien por motivos retóricos. Mi primera duda: ¿era tanto más culta y lectora y mejor formada la juventud chilena de la década del cuarenta? ¿No hay, en su rememoración nostálgica de estas páginas, una buena dosis de idealización? En todo caso, yo que pertenezco a la juventud de los años cincuenta, no consigo recordar esa efervescencia filosófica, artística o histórica en la universidad, ni tampoco una lectura significativa de Joyce, Jaspers, Spengler o Pound. Por otra parte, si esa generación era tan culta, ¿por qué falló tan rotundamente en la forja de la generación siguiente, la juventud de los años setenta, cuya incultura se debe en gran parte a su orfandad?

Mi segunda duda es menos episódica y más de fondo. ¿Es tan, tan necesaria la lectura juvenil de los grandes autores? Esta pregunta puede parecer extraña en mí, y me anticipo a manifestar mi acuerdo substancial con las apreciaciones de Roa. Pero les añadiría este paliativo accidental de carácter empírico: la existencia de jóvenes vorazmente lectores pero sumidos en una pedantería muy poco auspiciosa para su futuro, o en una confusión intelectual mayúscula —una indigestión de lecturas—, o en un relativismo precoz, o simplemente en una existencia libresca enajenada a los valores vitales de otros jóvenes que, tan poco lectores como se quiera, muestran una salud moral desbordante formada muy lejos de las bibliotecas, en el deporte, en la música ligera, en la profesión u oficio, en aficiones, artesanías o hábitos de vida menos elevados y más elementales.

En buena parte es este mismo ensayo el que responde a tales aprensiones y las resuelve. Por de pronto, y a propósito de la ingorancia de la juventud actual, tal como la ponen de manifiesto ciertos dudosos cuestionarios, se pregunta Roa qué resultados hubieran arrojado cuestionarios semejantes en el Chile de 1940. Además, el autor reconoce expresamente que la juventud de entonces, por formarse en exceso "a base de libros" y de "ir a las fuentes", en su mayoría se perdió casi desde el primer momento. Y por libresca. En cambio, la juventud actual, afirma Roa, gusta de comenzar con experiencias concretas para elevarse desde allí a lo más general y último. "Quizás sea un camino mejor que el seguido antes, quizás otra manera igualmente válida. Cada época tiene sus propias vías, y lo único legítimo es seguir la suya". Si la juventud actual ve demasiada televisión, y de mala calidad, el autor se pregunta si acaso, no teniendo televisión, los muchachos se dedicarían a leer a los clásicos. Más aún: "¿Se cree que los

jóvenes de 1950, muchos de ellos padres de los jóvenes actuales, privados como estaban de la televisión, llegaban a sus casas a leer a Shakespeare, Cervantes, Dante o Balzac? ¿No son ellos los más directamente responsables del pobre ambiente cultural de los hogares actuales de clase media o clase alta?"

Este magnífico ensayo, del que he elegido un solo tema, me sugiere la única objeción de contener una prédica excesiva de los valores culturales más altos, sobre todo literarios. Pero esta objeción se desvanece a medida que el propio autor matiza y aun cuestiona sus afirmaciones más rotundas. Por lo demás, aunque así no fuese, de todas maneras Armando Roa se nos presenta en la noble figura del heraldo de una causa más o menos perdida, no en Chile sino en el entero mundo occidental: la alta bandera de las "humanidades" azotada por la desolación de los vientos científico-tecnológicos y utilitarios de nuestra era.

MIGUEL IBAÑEZ LANGLOIS

("El Mercurio")